

## 10. Entre las lenguas.

Se trata aquí, simplemente, de reescribir un fragmento de Derrida en el que la palabra Babel aparece en relación al lenguaje, al habla y a la escritura, a los encuentros verbales, pero también en relación al amor, a la boca y al cuerpo, a los encuentros orales y corporales. Lo que hace Derrida es mezclar las palabras y los besos: escribir el lenguaje y lo babélico del lenguaje como un boca a boca, como un lengua a lengua, como un roce de labios, como un movimiento de lenguas y de labios, como un beso.

Pero las palabras y los besos ¿no son precisamente lo que no se puede mezclar? Podríamos pensar que cuando se besa no se puede decir nada, y que cuando se habla los besos no son posibles: la lengua no puede funcionar a la vez como un órgano sexual y como un órgano lingüístico. Podríamos pensar también en la transición entre las palabras y los besos, en ese interrumpir las palabras para besarse, y en ese parar de besarse para decirse cosas. A veces el amor es una hermosa alternancia entre palabras y besos en la que el hablar funciona como excitante de los besos y el besar como excitante de las palabras. Hay cosas que nunca se dirían si no fuera después, o antes, de los besos, y hay besos que no serían lo que son si no fuera por el efecto de las palabras con las que están mezclados. Como si los besos fueran un estimulante verbal y las palabras un afrodisíaco corporal. Pero el fragmento de Derrida que voy a reescribir no se limita a la distinción y a la relación, en el amor, entre lo verbal y lo corporal, sino que funde y confunde las palabras y los besos. Como si la lengua, al hablar, fuera inseparablemente un órgano amatorio, erótico, sexual. Como si no pudiera separarse lo incorporal de las palabras y lo corporal de los besos. Como si el movimiento de las lenguas en el habla no pudiera distinguirse del movimiento de las lenguas en el beso.

El fragmento está escrito aprovechando el doble sentido de la palabra "lengua". Y está escrito también apoyándose en una larguísima tradición que liga los comercios verbales y textuales a los comercios sexuales y corporales. Toda esa tradición en la que se da una imagen de la lengua y del funcionamiento de la lengua que no tiene nada que ver con la comunicación o con ese esquema tan simple como inofensivo de la expresión-comprensión. Hacer de la lengua un instrumento de comunicación es dessexualizar la lengua, descorporeizar la lengua, convertir la lengua, como diría José Luis Pardo, en un asunto de deslenguados, de personas sin lengua. Desde ese punto de vista, hablar, escribir y publicar no es otra cosa que dar la lengua, sacar la lengua, poner la lengua en movimiento, e invitar al oyente o al lector a poner la suya, a escuchar y a leer con su propia lengua, dando también su lengua, sacando la lengua, moviendo la lengua.

El libro al que pertenece el fragmento en cuestión es un libro hecho a base de una serie de tarjetas postales enviadas a un tú anónimo y desconocido al que se invoca de distintas maneras. Y es una reflexión sobre el envío, sobre el remitente y el destinatario, sobre la distancia en el espacio y en el tiempo, sobre la telecomunicación, sobre la escritura como transporte, como transferencia, como traslado. El problema es ¿quién escribe? ¿a quién? ¿para enviar qué? (por ejemplo: un beso, o un te quiero) y sobre todo ¿en qué

lengua? El problema es también ¿quién lee? ¿a quién? ¿para recibir qué? (por ejemplo: un beso, o un te quiero) y sobre todo ¿en qué lengua? Además, el hecho de que los envíos se hagan en forma de tarjeta postal, en ese soporte abierto, sin sobre, que cualquiera puede leer pero que, al mismo tiempo, está dirigido a un receptor particular, el único que conoce su secreto, el único, en definitiva, que puede recibir su contenido (ese beso, o ese te quiero), introduce todas las paradojas de la legibilidad-ilegibilidad de cualquier texto. Ese "te quiero" que yo, ahora y aquí, te escribo, no es cualquier "te quiero", porque es éste, singular y concreto, pero al mismo tiempo, es un "te quiero cualquiera", justamente por eso tú, y cualquiera, puede leerlo.

La inquietud sobre el quién escribe la tranquilizamos con una firma. Pero en el prólogo a esos envíos Derrida escribe:

*"... nada será en ninguna medida atenuado, suavizado, familiarizado por el hecho de que yo asuma sin vuelta de hoja la responsabilidad de estos envíos, de lo que de ellos queda o ya no queda, ni el de que para devolverles a ustedes la paz firme aquí estos 'Envíos' con mi nombre propio, Jaques Derrida".*

Y sigue una fecha:

*"7 de septiembre de 1979".*

Y una nota a pie de página:

*"Lamento que no confíes realmente en mi firma, so pretexto de que podríamos ser varios. Es cierto, pero no lo digo para sumarme autoridad alguna. Mucho menos para inquietarte, sé lo que eso cuesta. Tienes razón, somos muy probablemente varios y no estoy tan solo como a veces lo digo cuando arrancan de mí esa queja o cuando sigo empeñado en seducirte"<sup>1</sup>.*

La inquietud sobre el lector la tranquilizamos con un destinatario, con esas palabras con las que inscribimos ese alguien al que nos dirigimos, con ese apóstrofe con el que dirigimos el texto al único o a la única de la interpelación viva: a quién sino a ti, amor mío. Pero:

*"... y cuando te llamo amor mío, amor mío, ¿te llamo a ti o al amor mío? Tú, amor mío, ¿acaso es a ti a quien así nombro, acaso es a ti a quién me dirijo? No sé si la pregunta está bien formulada, me da miedo. Pero estoy seguro de que la respuesta, si ha de llegarme algún día, vendrá de ti".*

E inmediatamente una frase en alemán, entrecomillada, *"Ein jeder Engel ist schrecklich"*, ese *"Todo ángel es terrible"* de las *Elegías del Duino* de Rilke con el que Derrida parece indicar el carácter trágico de toda comunicación. Porque si el ángel es el mediador, tal vez su figura no esté ahí para garantizar el éxito de la mediación sino, justamente, para señalar su imposibilidad, y las consecuencias terribles de esa imposibilidad. Y continúa:

*"Cuando te llamo amor mío, ¿acaso te llamo a ti, acaso te digo mi amor? y cuando te digo mi amor ¿acaso te declaro mi amor o acaso te digo, a ti, mi amor, y que eres mi amor? Quisiera decirte tanto"<sup>2</sup>.*

---

<sup>1</sup> Derrida, J. *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*. Fondo de Cultura Económica. México 1986. pág. 15.

<sup>2</sup> *Op. Cit.* págs. 17-18.

Y ahí, en la tercera tarjeta postal, tal vez escrita a continuación de la segunda, la que acabo de citar, y enviada el mismo día, viene el fragmento que quiero reescribir aquí, el de la confusión entre las palabras y los besos. Antes de citarlo, una nota. El fragmento se refiere a Babel, al texto de Babel, a ese enigmático capítulo XI del Génesis que da cuenta de la separación y la confusión de las lenguas y al que Derrida ha dedicado uno de sus textos fundamentales sobre la traducción. Pero la palabra hebrea para "lengua" es *safa*, literalmente "labio" pero también borde, límite, frontera. Por eso Derrida mezcla también en su fragmento las lenguas y los labios.

El fragmento dice así:

*"y tú, dime*

*amo todas mis apelaciones tuyas y entonces sólo tendríamos un labio, uno solo para decirlo todo*

*del hebreo él traduce "lengua", si a eso puede llamársele traducir, como labio. Querían elevarse de manera sublime para imponer su labio, el único, al universo. Babel, el padre, dando su nombre de confusión, multiplicó los labios, y por eso nos separamos y yo muero en este instante, me muero de ganas de besarte con nuestro labio la única que deseo oír"<sup>3</sup>.*

Una paráfrasis del texto podría ser la siguiente:

Quiero decirte tanto que te escribo sin parar, que no puedo dejar de hablarte. Y quiero escucharte tanto que continuamente te pido que me hables, que me digas, que me escribas. Y a veces nos gustaría tener un sólo labio, una sola lengua, para decirlo todo. Para decirnoslo todo. Nos gustaría hablar la misma lengua. Pero después de Babel los labios están multiplicados, las lenguas están divididas. Por eso estamos separados. Irremediablemente. Por eso la nuestra es una separación sin medida, sin mediación, sin remedio. ¡Ah, si te pudiera besar con nuestro labio! ¡Si te pudiera hablar con nuestra lengua! ¡Si te pudiera escribir, amor mío, con nuestras palabras! ¡Si te pudiera oír, o leer, o entender, en la misma lengua con la que tú me hablas o me escribes! Pero lamentablemente están mis labios y tus labios, y por eso te beso, tal vez para que seamos un solo labio, pero no somos un solo labio. O lamentablemente está mi lengua y tu lengua, y por eso te hablo, tal vez para que seamos una sola lengua, pero no somos una sola lengua. Porque si fuésemos un solo labio no nos podríamos besar. Porque si hablásemos la misma lengua no nos podríamos hablar. Porque besar es una delicia, y un dolor, porque nuestros labios están separados, aunque a veces ya no sepa dónde acaba mi boca y donde acaba la tuya: por eso te amo. Porque hablar es una delicia, y un dolor, porque nuestras lenguas son distintas, aunque a veces ya no sepa si hablo tu lengua o la mía: por eso te amo. Nos besamos porque nuestras bocas están irremediablemente separadas. Nos hablamos porque no tenemos la misma lengua. Por eso, mi amor, porque no puedo soportar la distancia, te mando constantemente besos: por teléfono, por carta, por correo electrónico. Y nunca puedo estar seguro si esos besos que te mando, siempre "un beso", el mismo "un beso", pero cada vez distintos, cada vez uno, son los mismos que tú recibes. Por eso, mi amor, te digo todos los días que te quiero, siempre el mismo "te quiero" pero cada vez distinto, y nunca sé cómo recibes ese "te quiero" de cada día, esa oración matutina que, sin embargo, no tranquiliza la ansiedad de mi amor, la vertiginosa sensación de que nada está asegurado,

---

<sup>3</sup> *Op. Cit.* Pág. 18.

de que nada, ni siquiera el "te quiero", puede nunca darse por supuesto. ¿Qué te digo cuando te digo te quiero? La respuesta sólo vendrá de ti. ¿Qué es ese beso que te mando, que te doy? La respuesta sólo vendrá de ti. Y eso me desespera. Y me hace feliz. Como si sólo pudiera ser feliz en esa desesperación. Besar y hablar: gozos desesperados. ¿No es un gozo ese mandarse besos constantemente, ese decirse constantemente te quiero, ese besarse? ¿No es un gozo que debemos precisamente a esa distancia desesperada, a esa distancia que, sea la que sea, siempre será desesperada?

El beso que yo te doy con mi lengua no es el mismo que el que tú recibes con tu lengua. Es cierto, gozosa y desesperadamente cierto, que no nos besamos con el mismo labio. El "te quiero" que yo te digo con mis palabras no es el mismo que tú entiendes con las tuyas. Es gozosa y desesperadamente cierto que no nos hablamos en la misma lengua. Como si yo tuviera mi lengua y tú la tuya. Irremediablemente. A la vez gozosa y desesperadamente. Así es como tú y yo nos besamos y así es como tú y yo nos hablamos. Pero, mi lengua, ¿es mi lengua? ¿es que yo te hablo en mi lengua, con mi lengua, con mis palabras? ¿es mi lengua la que te besa?

Hemos aprendido ya a desconfiar de la eficacia de todas las operaciones destinadas a asegurar que mi lengua sea tu lengua, que las palabras que escribo sean las mismas que tú lees. Por eso el gozo y la desesperación con la que seguimos escribiéndonos. Pero tendremos que desconfiar también de la eficacia de todas las operaciones destinadas a asegurar que mi lengua es mía y que la tuya es tuya. Tal vez hablar, y besar, no sean sólo el resultado gozosamente desesperado de la separación de las lenguas, sino también de la confusión de las lenguas. Tal vez por eso cuando te hablo, o cuando te beso, yo no soy el dueño de mi lengua.

Dos días después del fragmento que he reescrito anteriormente, Derrida escribe:

*"Me das mis palabras, las liberas, una por una concedidas, las mías, volviéndolas hacia ti y dirigiéndotelas -y nunca me habían gustado tanto, las más comunes se han tornado inéditas, nunca me había gustado tanto tampoco perderlas, destruirlas con olvido en el instante mismo en que las recibes, y ese instante casi sería anterior a todo, a mi envío, a mí mismo, a destruirlas con olvido, antes de mí, para que sólo ocurran una vez. Una sola vez ¿te das cuenta qué locura para una palabra?"<sup>4</sup>.*

Ese "te quiero" que te digo no es mío, sino que eres tú quien me lo das. Tú eres quien lo pone en mi boca. Tú eres quien haces que no pueda contenerlo. Por eso me gusta tanto. Por eso me suena a ti. Y no tengo la menor duda de que sólo siento mi lengua al besarte. Por eso no te beso con la lengua que tengo, sino con la que tú me das. Con la que tú sensibilizas. Con la que tú pones en movimiento. Por eso mi lengua me sabe a ti. Por eso me gusta tanto.

Ya sabes que todo el mundo dice "te quiero". Ya sabes que yo mismo he dicho "te quiero" un montón de veces. Siempre con las mismas palabras, con las palabras comunes, con las de todos. ¿Con cuáles, si no, podría decirte que te quiero? Y sé, cómo podría no saberlo, que tú has oído mil veces "te quiero".

---

<sup>4</sup> Op. Cit. pág. 21.

Siempre el mismo y, al mismo tiempo, con mil lenguas, de mil labios. Tanto tú como yo estamos habitados por una retórica amorosa elaborada durante siglos. Una retórica que dominamos perfectamente y que constantemente nos traiciona. Y en la que ni tú ni yo podemos hablarnos. Por eso, ahora que tú me das ese "te quiero" que me sabe a tí, deseo devolvértelo en una lengua única, secreta entre tú y yo, en la que este "te quiero" suena como nunca lo he dicho, como nunca te ha sonado. Deseo decirte que te quiero no con la lengua, ni siquiera con mi lengua, sino con esa lengua que tú me haces, con esa lengua que sólo tiene sentido contigo, que sólo me gusta contigo. La única con la que quiero hablarte. La única con la que quiero oírte. ¡Qué locura! Si no fuera porque es esa locura la que me hace hablarte, la que hace que no pueda parar de hablarte.

Porque el lenguaje no da la fusión. Porque el amor no da la fusión. Porque: *"... esa palabra inagotable, esos días y esas noches de explicación no nos harán cambiar de sitio ni intercambiar nuestros sitios, por más que sin cesar intentemos hacerlo, pasar del otro lado, tragarnos el sitio del otro, menear nuestro cuerpo como el del otro, tragárnoslo incluso al beber sus palabras, mezclando poco a poco las salivas, desgastando las orillas"*<sup>5</sup>.

Por eso tenemos que seguir tocándonos con las palabras. No para unirnos o para separarnos, sino para estremecer nuestras lenguas. Porque ¿cómo podría amarte si no con palabras y con besos a la vez gozosos y desesperados? ¿cómo podría amarte si no fuera porque estás siempre en otro lugar, siempre fuera de mi alcance? Algo como lo siguiente:

*"Nada de literatura con esto, no contigo amor mío. En ocasiones me digo que eres mi amor: entonces no es más que mi amor, me digo, llamándote así. Y entonces ya no existes, estás muerta, como la muerta de mi juego, y mi literatura se torna posible. Pero también sé que estás mucho más allá de lo que yo repito como "mi-amor", viva, viva, viva, y así lo quiero, pero entonces me es preciso renunciar a todo, es decir, a que el amor me pertenezca, a que vuelta hacia mí me dejes incluso escuchar lo que te digo cuando digo, te digo o me digo mi amor (...). La abyecta literatura está en camino, te acecha, agazapada en la lengua, y en cuanto abres la boca te despoja de todo, sin dejarte siquiera gozar de haber retomado tu camino, completamente desnudo, hacia la que amas, vivo, viva, viva, allá, ajena al asunto. La condición para que no renuncie a nada y que mi amor me pertenezca, y sea por mí escuchado, es que estés allí, allá, perfectamente viva fuera de mí. Fuera de alcance"*<sup>6</sup>.

Dejaré este último fragmento sin comentar, sin parafrasear, ni siquiera trataré de explicitar sus paradojas, y terminaré invitando al lector a desarrollar algunas consideraciones erótico-babélicas sobre el escribir y el leer como algo que se da necesariamente entre las lenguas. Algo así como una erótica de la lecto-escritura de la que se podría derivar alguna consideración erótico-babélica sobre el enseñar y el aprender como algo que se da también necesariamente entre las lenguas. Algo así como una erótica de la educación. Y para que vayan pensando si eso del leer y el escribir, o eso del enseñar y el aprender, o eso del besar, es algo que se da entre las lenguas o entre los labios, incluyo la adivinanza que alguien me entregó, al salir de clase, en un

---

<sup>5</sup> Op. Cit. pág. 50.

<sup>6</sup> Op. Cit. pág. 36.

curso en el que leí y comenté el capítulo XI del *Génesis* y algunos fragmentos como los que hoy, aquí, he reescrito para ti. Para decirte, a quién si no a ti, gozosa y desesperadamente, que te quiero.

I.

¿Lengua o labio?  
labio  
labio  
no sea necio  
lengua no  
labio  
mordida sensual  
dientes perfectos  
sobre el labio  
ojos entornados  
piel tirante  
labio  
ninguna duda  
es labio  
humedecido con saliva  
estallido de luz  
miel de las comisuras  
labio, labio  
lengua no  
la lengua es subalterna  
mojadora  
un músculo rústico  
inservible  
labio  
ni siquiera lo piense  
beso con todo el cuerpo  
ojo rojo de la cara  
perversión e inocencia  
labio  
contra labio  
frente a labio  
encendidos  
labios,  
lengua no.

II.

¿Lengua o labio?  
no sea necio  
labio no  
lengua, lengua, lengua  
¿decidió?  
lengua  
prolongación del corazón  
extremidad del alma  
lengua  
maravilla almibarada  
desmesurada canción  
cuna de la palabra  
lengua, lengua  
¿quién lo duda?  
hinchida  
hinchada  
lengua mordida  
succionada  
madre del verso  
de la guitarra  
lengua  
agitación del verbo  
tras la barba  
labio no  
el labio es anillo del silbido  
hermano del silencio  
lengua, lengua, lengua  
a la vinagreta  
o a las brasas  
lamedora del sexo  
y de la entraña  
estremecida  
lengua,  
labio no.